



Editorial



CARGADO DE FRUTOS....

por Fr. Mariano Di Vito, OFM Cap

FEl justo florece como la palma, sus raíces se sumergen en abundantes y límpidas aguas, da sombra y reposo al caminante y frutos que sostienen el camino del peregrino.

Los Salmos 1 y 92 describen con un lenguaje sobrio, y colorido al mismo tiempo, el retrato y la misión de quien permanece junto al Señor: fuente y autor de la vida. ¡La verdadera!

El sacrilegio por otro lado está descrito como la paja del trigo: sin raíces ni sostén, a merced de cualquier ráfaga de viento. En una palabra, ¡destinado a perderse! Es más, es exactamente como la paja, fastidiosa e inútil. El Padre Pío, como igualmente todos aquellos que nosotros veneramos como santos y santas, pertenecen a aquella foresta de árboles siempre verdes y portadores de todo tipo de frutos. Durante su vida y después de su muerte, él no cesa de reunir a su alrededor hombres y mujeres generosos y valerosos que, siguiendo su ejemplo, responden "sí" a Aquel que los invita a permanecer junto al agua viva de su Amor y a volverse bienestar, refrigerio y sostén a sus propios compañeros de viaje.

Los venerables Giacomo Gaglione y Genoveffa De Troia, los siervos de Dios madre María Gargani y Enrico Medi, Raffaelina Cerasi, Mary Pyle, Cleonice Mor-

caldi, Giuseppina Morgera, fr. Daniele Natale..., son sólo algunos de los muchos, junto al Padre Pío, que han aprendido a ofrecerse al Señor y a ofrecer el Señor a los hermanos. Sin olvidar las innumerables "paradas samaritanas" del Padre Pío: la Casa Alivio del Sufrimiento, los Centros de Rehabilitación Motoria, escuelas, hospitales, casas para ancianos, comedores para los pobres y la difícil presencia en el mundo extraordinario de los medios de comunicación.

Cierto, los milagros son uno de los muchos signos de la potencia de Dios que ha obrado y continúa a obrar a través de su siervo fiel. No se puede negar, que el milagro más grande es exactamente la vitalidad de este grandioso árbol que continúa a extenderse con sus ramas y en el hacer brotar en su sombra flores y plantas de las más diferentes tonalidades y de los perfumes más intensos.

Causa siempre admiración contemplar las maravillas que el Señor "es capaz de" obrar, también en tiempos y estaciones atormentadas como las nuestras, cuando encuentra la amorosa y desinteresada disponibilidad de los que no escapan en busca de quien sabe cuáles e improbables alquimias para dar paz al propio corazón y a los demás la receta de una felicidad sin demasiados,

vinculantes y fastidiosos lazos. El Padre Pío ha sumergido sus raíces, y sobre su ejemplo y su guía segura muchos continúan a sumergir las propias en aquel inagotable torrente de agua viva, Cristo Señor, que atraviesa los valles y los montes de la historia humana.

¡Es verdad! A menudo oímos sólo el sumergido y casi imperceptible gorgoteo como el de los ríos alpinos. Basta detenerse, parar, abrir las compuertas de nuestras innumerables y cómodas seguridades o simplemente de un resignado cansancio: la dulce y potente fuerza del Espíritu, como un río en una tierra árida y sedienta, volverá a dar vigor y nervio a todo aquello que viva adormecido y olvidado, no obstante todo, en los pliegues más profundos de cada uno de nosotros.

En septiembre recordamos los estigmas llamados "invisibles" del Padre Pío en Pietrelcina (1910), los visibles en San Giovanni Rotondo (1918), su tránsito (1968), el día de su fiesta litúrgica. Conmemorémoslo como una exuberante palma rodeada de árboles igualmente imponentes y frondosos. Todos cargados de frutos.

Al lado, un río lleno de agua cristalina.

¡Hay mucho sitio!

¡Para nosotros, para todos!